



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**MOHAMED DOGGUI**

*Mamadú y los verbos españoles*

[Fragmento]

#### Edición impresa

Mohamed Doggui, *Mamadú y los verbos españoles* (2009)

#### En

Mohamed Doggui (2009) *Mamadú y los verbos españoles*. Cádiz: Diputación Provincial. (pp.38-42).)

#### Edición digital

Mohamed Doggui, *Mamadú y los verbos españoles*. Fragmento (2017)

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Mayo de 2017



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R).



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante



## *Mamadú y los verbos españoles*

Mohamed Doggui

Mamadú era querido y apreciado no sólo por su gran agudeza y su puntualidad ejemplar, sino también por su simpatía y, sobre todo, su gracia cuando hablaba castellano. Aparte de su acento genuinamente africano, sus frecuentes deformaciones fónicas, morfosintácticas y léxicas suscitaban inevitablemente la risa de los empleados españoles. Por ejemplo, se refería a la tinta de la fotocopidora llamándola “la tonta de la fotocopidora”, o cuando se le preguntaba por alguien ausente, respondía “estar salido”. En el comedor, les provocaba a menudo ataques de risa frenética, como cuando quiso que le echaran en el vaso de zumo “más nieve” en vez de “más hielo” o cuando pidió de primer plato “maricones” en vez de “macarrones”. Y se armaba un estrépito incontenible cuando, a las risas provocadas por sus meteduras de pata lingüísticas, Mamadú sumaba sus carcajadas hiposas y convulsivas, sin importarle saber el porqué de aquel alboroto.

Sin embargo, a medida que avanzaba la obra, Mamadú iba sintiéndose cada vez menos alegre, no sólo porque iba a quedarse sin el trabajo más interesante y mejor remunerado que en su vida había tenido, sino porque echaría de menos a sus amigos españoles y, sobre todo, a Puri. En los últimos meses, se volvió “puriadicto” mostrando signos propios de un “síndrome de ausencia”, sobre todo, durante los fines de semana y los días festivos. Al atardecer, permanecía sentado solo, debajo de la palmera, durante largas horas, suscitando la preocupación de su madre y el asombro de sus hermanas.

No quería hablar con nadie y se quedaba mirando el cielo como si estuviera comunicando con los últimos pájaros de la tarde o las primeras estrellas de la noche.

Puri notó que últimamente Mamadú estaba muy callado y creyendo que tenía algún problema familiar que, por pudor, no se atrevía a revelar, lo llamó a su despacho un día, cerró la puerta detrás de él, le cogió del brazo como una maestra a un niño pequeño:

- ¿Te ocurre algo? ¿Necesitas ayuda?

Mamadú negó con la cabeza mirando el suelo y ella adoptó un tono más grave:

- Anda, dime la verdad; si no, ya no volveré a hablarte nunca.

- Yo tener problema... -se apresuró a decir como si quisiera neutralizar enseguida aquella amenaza.

- Cuéntame, ¿qué te pasa?

- Yo no dormir bien...

- ¿Te duele la pierna?

- No...

- ¿Entonces?

- Yo ver siempre tu imagen en mi cabeza...

- ¡¿Mi imagen?!

- Sí, y cuando yo ver tu imagen, yo sentir como electricidad en mi cabeza y yo no poder dormir...

-le dijo con voz tristonosa.

Esas palabras conmovieron hondamente a Puri y estuvieron a punto de tambalearla. Pero, esta vez, consiguió mantenerse en equilibrio no por mérito propio, sino gracias al teléfono que acababa de sonar. Cuando se dio la vuelta para atender la llamada, Mamadú abandonó el despacho silenciosamente, dejándola, sin saberlo, perdida en medio de un torbellino de sentimientos confusos. Era la primera vez que veía y sentía a Mamadú no como un niño gracioso, sino como un auténtico adulto, y esta nueva faceta suya no la había dejado indiferente. Y era la primera vez que veía un hombre sentir a corazón descubierto, como si su pecho fuera de cristal. Mamadú era tan sincero que le ahorra la molestia de recurrir a cábalas para averiguar sus verdaderos sentimientos, como solía hacer con los muchachos que había conocido hasta entonces, entre ellos Miguel.

Desde aquella confianza, la relación de Puri con Mamadú se volvió algo paradójica: se hizo aún más entrañable que antes, pero adquirió un carácter menos definido. Por ejemplo, una mañana, él llamó a la puerta de su despacho para servirle el café, como de costumbre, y apenas la vio, de pie, con el pelo suelto, llevando una falda negra ajustada y una blusa roja de manga corta y medio desabotonada, se acercó bastante a ella, le clavó una mirada ávida y luego le dijo con un tono serio:

- ¡Tú muy guapa!

- ¡Muchas gracias! -le contestó ella sintiéndose entre incómoda y halagada.

- Yo querer ir a España para trabajar y casar con chica rubia y guapa como tú – continuó él con un tono bastante serio.

- Muy bien, ¿por qué no? —le contestó ella en broma con el propósito de restarle seriedad a aquella situación que la hacía vulnerable.

Hizo ademán de coger un expediente de la estantería para alejarse un poco de aquel muchacho, que la estaba mirando con ternura virgen y hambre instintiva, y luego añadió:

-Pero a condición de que dejes de hablar como Tarzán y aprendas ya a conjugar los verbos.

- ¿Por qué?

- Porque, en España, para poder casarte, en el juzgado te harán una prueba oral para ver si hablas el español correctamente.

Mamadú tomó muy en serio la broma de su amiga y desde entonces empezó a aprovechar sus ratos libres en la oficina para preguntar a los demás empleados cómo se conjugaban algunos verbos usuales como "trabajar", "querer", "vivir", "comer", etc. Los asimilaba rápidamente sin conseguir entender por qué a veces los españoles se complicaban la vida diciendo, por ejemplo, "yo hago", "yo puedo" o "yo

conduzco" en vez de "yo hazo", "yo podo" y "yo conduzo", respectivamente. Por la noche, después de cenar, se sentaba debajo de su querida palmera y se ponía a repetir, en voz alta y con ritmo monótono y solemne, la lista de los verbos que había aprendido durante el día. La salmodiaba con los ojos cerrados, moviendo la cabeza de arriba abajo de tal modo que cualquiera que lo viera pensaría que estaba sumido en trance. Su madre, al verlo así, no se atrevía a interrumpirlo y se sentía cada vez más preocupada por él, creyendo que el dragón azul era más potente que el amuleto que le había recetado el hechicero.